

## Bien por Tusquets



**C**AMINA POR EL *lado salvaje*, así reza literalmente el título más legendario del rock de los 70: "Walk on the Wild Side", de Lou Reed, modelo y mito de una generación que acabó destruida: desgraciadamente la invitación de Lou Reed no estaba exenta de peligros y muchos, sin duda algunos de los mejores, sucumbieron al mortífero hechizo de andar por el lado salvaje de la vida. Ya saben, sexo, drogas y rock and roll. Pero sobre todo mucha utopía.

Sea como sea, parte de esta generación perdida, cuyos recuerdos permanecen todavía vibrantes -de tan cercanos- ha renacido de sus tempranísimas cenizas gracias al esfuerzo y el rigor que ha depositado el periodista J. Benito Fernández en la elaboración de su libro: *El contorno del abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero* (Tusquets, 1999). Un acierto pleno, rotundo, y al mismo tiempo una lectura sorprendente. Y digo lo de sorprendente porque no es habitual entre nosotros, tan mezquinos a veces, poder disponer de las biografías de contemporáneos, y menos de la edad de Leopoldo María. Lo sabemos y no me cansaré de repetirlo. Pero leer la biografía de un coetáneo significa una proximidad de la experiencia lectora respecto del horizonte cultural y vital recreado que, si está bien hecho, proporciona una enorme satisfacción. Impagable. En otras palabras, para un lector peninsular, por ejemplo, no es lo mismo leer la vida de Samuel Johnson, de Marcel Proust o de Sylvia Plath, que es a lo que estamos acostumbrados, que leer sobre las vidas de Josep Pla o Salvador Dalí (cito ejemplos recientes). Me refiero claro a los personajes como tema, sin entrar en su desarrollo: en el segundo caso, hay un patrimonio histórico común, una realidad compartida que beneficia el conocimiento de lo propio y estimula el sentido crítico ante la lectura biográfica aunque, dicho sea de paso, la industria editorial anglosajona ha logrado que sus productos, alimenticios o culturales, puedan ser consumidos como propios en cualquier lugar del mundo. Qué decir si la biografía responde a un contemporáneo. Nunca será lo mismo leer la biografía del conde-duque de Olivares que la de Juan Antonio Samaranch (por cierto ahora reeditada por Espasa).

Cuando André Maurois se preguntaba, en mayo de 1928 y en el marco de unas conferencias dictadas en el Trinity College de Cambridge, si existía una biografía moderna, es decir distinta de la que se venía escribiendo hasta el siglo pasado con probado éxito, el autor francés contestaba afirmativamente pero estructurando su respuesta en tres órdenes: el primero de ellos trataba de reconocer unos rasgos que podían considerarse como propios de la época en cuestión, primeras décadas del XX. Y la pregunta de Maurois tenía su miga pues partía de una especie de mundo feliz: la biografía en la época victoriana había logrado un enorme desarrollo creando ciertas convenciones sobre las que discurría, todavía en 1928, apaciblemente. Pero sobre sus pilares se habían producido cambios importantes, de la mano de Lytton Strachey, de Harold Nicholson, de Stephan Zweig, del propio Maurois. El cambio radical era de orden moral y tenía que ver con la libertad con que el biógrafo moderno trataba a su personaje: la biografía sistemáticamente elogiosa practicada en la época victoriana había perdido todo su valor educativo. Ya nadie creía en ella: demasiada virtud. "Una generación -dirá Maurois- educada en el respeto de la verdad científica exigía, para dejarse llevar por el entusiasmo, la sinceridad del biógrafo." Y así el género experimentó una saludable apertura de compás que garantizaba, al mismo tiempo, su futuro.

Dan ganas de plantearse de nuevo la pregunta de Maurois: ¿existe una biografía contemporánea? Por supuesto que sí, pero quizá más interesante sea preguntarse si existe aquí, en España, y desde qué bases metodológicas y críticas viene desarrollándose. Habrá que responder algún día a ello. Ciñámonos por el momento a la labor llevada a cabo con la vida de Leopoldo María Panero porque sin duda no sólo es un modelo de investigación sino que por su enfoque y planteamientos el libro abre una pista que nos acerca al desarrollo de los estudios biográficos alcanzado en otros dominios culturales.

Vaya por delante que la biografía escrita por Benito Fernández no es una biografía de tesis puesto que no hay ninguna voluntad de juzgar a su personaje desde un determinado punto de vista, el que fuere. Tampoco hay una interpretación de la personalidad paranoica de Leopoldo María Panero ni de las circunstancias de su deterioro psíquico e intelectual y

tampoco de ninguno de los personajes claves que compartieron el domicilio familiar de Ibiza, 35. Fundamentalmente su madre Felicidad Blanc, o sus hermanos Juan Luis y Michi que aparecen sólo lo indispensable, siendo el destino de Felicidad Blanc sin duda el más doloroso del libro: maltratada por Leopoldo María hasta extremos intolerables ella mantiene una fe mitómana en el talento literario de su hijo hasta el final. El descenso a los infiernos de esta mujer por cárceles y psiquiátricos de media España visitando a su hijo deja un amargo sabor de boca. Las explicaciones se resisten.

Es uno de los rasgos más sorprendentes de la biografía de Benito Fernández, el hecho de presentarla como un relato de los hechos conocidos por el biógrafo, no una narración. De modo que el lector, tenga la opinión que tenga de Panero y de su obra, no siente la menor necesidad de confrontar sus opiniones con las del biógrafo o de polemizar con él por disparidad de criterios: éste no critica, ni juzga, ni se arriesga con brillantes y muy tentadoras teorías psicoanalíticas. Benito Fernández apenas aparece pues como narrador, salvo en el primer capítulo del libro, el único que refiere impresiones personales relacionadas con el origen y desarrollo de su investigación. En él admite, por ejemplo, que fue viendo *El Descanto*, en otoño de 1976, donde quedó atrapado por el personaje (a medio país le pasó lo mismo) "y me puse a seguir sus pasos". "Sabía -dirá más adelante- que algún día escribiría algo." Es lo que ha hecho 20 años después, más o menos. Y el resultado es impecable. Se diría que su autor conoce muy bien la naturaleza de su tarea, que ha pensado mucho sobre ella y lo que nos ofrece es el fruto y aplicación de esa experiencia. Por ejemplo, tratándose de Panero y de una biografía -donde lo mejor es siempre el detalle vivo-, habrá infinidad de anécdotas sórdidas y detalles que sólo mencionándolos tendrían el morbo de su lectura asegurado y que Benito Fernández a buen seguro conoce bien. Sin embargo, la moderación y el respeto se imponen, de modo que se recurre sólo a los detalles justos para indicar los rasgos de una mente trastornada en un momento preciso. Nada más.

Ahora bien, la joya de la corona de esta biografía inusual y valiente es el manejo de una cantidad más que considerable de documentos originales e inéditos que le permiten a su autor tanto moverse

con total seguridad en la descripción de hechos y situaciones como mantenerse en un discreto plano narrativo y dejar que las voces del pasado hablen por sí mismas: "cuento la vida del otro en boca de otros". Sin duda, la única perspectiva posible, si lo que se busca es el rigor, ante la falta de distancia temporal sobre las personas y los acontecimientos. Sobre la procedencia del material aludido, Benito Fernández habla de ello en el primer capítulo del libro, al que me he referido antes: después de unos primeros contactos, parece ser que muy pronto se encontró con un material inapreciable que puso a su alcance sin dificultades el profesor Javier Parra, depositario de la documentación relacionada con Leopoldo María y su familia, cedida a su vez por Michi Panero: correspondencia, fotografías, documentos, recortes de prensa, textos originales... todo aquello, en fin, que necesita un biógrafo para evitar la ficción y atenerse a los hechos.

Soberbia la correspondencia de los novísimos con Leopoldo María porque sirve para evocar los comienzos de una generación -Ana M<sup>a</sup> Moix, Antonio Martínez Sarrión, Vicente Molina Foix, Guillermo Carnero, Félix de Azúa- absorbida por la pasión literaria y sus propias dificultades. Y pienso sobre todo en Pere Gimferrer: los dos poetas se conocen en Madrid en la galería de arte Juana Mordó y quedan fascinados el uno con el otro. Estamos en 1967, Panero tiene 19 años y Gimferrer 22: uno quiere ser Byron y el otro ya es Oscar Wilde, por decir algo. Las cartas de Gimferrer no tienen desperdicio. El escritor catalán, comprometido hasta el límite en su posteridad, daba muestras claras, a sus 22 años y con el Premio Nacional de Literatura (de poesía) ya

en su poder, de orientarse hacia objetivos propios del final de una vida, no de un joven que la comienza. Queda claro que Gimferrer a esa edad no empieza nada. En cualquier caso, llama la atención la seguridad con que el autor de *Arde el mar* a los 22 o 25 años actúa sobre las vocaciones literarias de sus contemporáneos: aconseja, desaconseja, reprende, elogia, organiza, autoriza, calcula... Una especie de Fouché de la vida literaria (primero en castellano y luego en catalán) que, sin embargo, puede dejarnos boquiabiertos al reconocer en Emilio Carrere a uno de los poetas "que más me han influido, y lo digo totalmente en serio". O bien cuando repara en voz alta y mirada sagaz en el mayor problema de su poesía: el vacío temático. Nadie lo ha visto tan claro.

De más está decir que el biógrafo de Leopoldo María se mantiene al margen de cualquier juicio, literario o personal, sobre nadie: ahí radica, en mi opinión, el enorme valor de este trabajo a través de cuyas páginas fluye con intensidad la vida de un superviviente enojoso para muchos y con razón, centro de atención para unos pocos que ven al poeta como el último mohicano, postrera encarnación del mito romántico del artista. ¿Lo es? En cualquier caso, ahí están los nudos de una historia familiar que acabó siendo una historia simbólica. Después de la película de Jaime Chávarri en 1976, el desencanto tiene apellido. Se llama Panero y es parte de nuestra memoria colectiva. Benito Fernández la ha pasado a limpio. Bien por Tusquets.

Anna Caballé